

# **Globalización, migraciones, diversidad cultural**

**Castilla Segura, José**

## **1. Introducción.**

El mundo se encuentra en una clara situación de cambio. Este cambio es general y tiene muchas dimensiones, pero una de ellas está irrumpiendo con fuerza en la configuración y el comportamiento de esas sociedades desarrolladas que hasta ahora se creían realmente configuradas y cohesionadas, premisa que no daba lugar a ninguna discusión.

La creciente intensidad de los flujos migratorios que estamos viviendo, en estrecha relación con el proceso de globalización, está llevando a situaciones hasta ahora desconocidas a nuestro alrededor. Si bien es cierto que las migraciones son procesos presentes y estudiados a lo largo de toda la Historia, hoy en día adquieren características propias y como fenómeno social total y global que no habían sido analizadas hasta la fecha.

De esta forma, una simple mirada a nuestro alrededor nos encontramos ante una sociedad cada día más heterogénea, en la cual no vivimos ya nosotros solos. La época de la homogeneidad cultural pasó, y nos adentramos en la de la heterogeneidad y la diversidad cultural. O sea como dice Diez Gutierrez (2014) la heterogeneidad es la norma. Hemos de pensar si nuestra ciudadanía está preparada para esta transición que, nos guste o no, está en marcha y no tiene pinta de que vaya a frenarse.

Día tras día escuchamos discursos políticos que tienden a demonizar esta diversidad, teniendo un impacto cada vez mayor y teniendo ya influencia en los algunos ámbitos de poder de gran relevancia para la ciudadanía. Que esto sea así nos tiene que llevar directamente a esa pregunta de si la ciudadanía está realmente preparada para el cambio. Si atendemos a la tendencia actual, la diversidad cultural tiene todas las papeletas para mantenerse o ser mayor en un futuro no muy lejano, y ese rechazo a ella no puede ser el camino a seguir si queremos construir una sociedad sana, democrática, igualitaria y comprometida con los derechos de todos y todas.

En este sentido, surge la necesidad que crear el marco para el establecimiento de una sociedad respetuosa y tolerante para con la diversidad, para con aquellas personas que en la diferencia son iguales en la condición de seres humanos, sujetos por lo tanto de una serie de derechos inviolables e innegables por parte de ningún colectivo por muy refractario que sea a la diversidad.

La posición de sistema escolar ante esto no puede ser de indiferencia. Como institución, la escuela tiene que comprometerse con las minorías culturales, sujetos al igual que las mayorías del derecho a la educación y la inserción social. La escuela crea y forma opinión y ciudadanía, y en este momento de cambio ha de tener un papel protagonista, contribuyendo a la creación de una sociedad futura sociedad en la que todos quepamos y nadie quede descolgado por no pertenecer al grupo mayoritario.

En este sentido, se ha visto cómo en los últimos años, han ido apareciendo algunas manifestaciones muy reprochables en muchos ámbitos de nuestro país y nuestro entorno. La nueva configuración de las sociedades, marcadas cada vez más por una evidente diversidad cultural, ha generado sentimientos de confusión a los cuales gran parte de la población no ha sabido responder de forma correcta. De esta forma, no es extraño ver en algunos sondeos públicos, cada vez menos, la inmigración como una de las grandes preocupaciones y amenazas que la población siente (CIS, 2017), más aún desde el estallido de la crisis económica y el aumento de las tasas de desempleo de vivimos. Si es cierto que se acepta la diversidad cultural, es de destacar la cautela con la que se tratan ciertos temas relacionados con los inmigrantes (como el acceso a ayudas sociales).

El resultado de esta dinámica ha sido la creación en algunos sectores de la ciudadanía de fuertes sentimientos y comportamientos de intolerancia, racismo y xenofobia. Si atendemos, además, al panorama político mundial, vemos cómo hoy en día se encuentran en plena efervescencia agrupaciones políticas que condenan abiertamente la inmigración y promueven el regreso a las sociedades homogéneas que caracterizaron gran parte de los siglos pasados, aunque ello lleve aparejado una destrucción o privación de esas minorías de poner en práctica sus valores culturales, sus comportamientos y sus costumbres.

Además de ver esta diversidad cultural en peligro como consecuencia de ese rechazo a los inmigrantes y su cultura, aparece otra variable importante a la que debemos prestar atención inexcusablemente: la globalización. Es este un fenómeno reciente tal y como lo conocemos hoy, y por ello todavía tenemos que comprenderlo y elaborar respuestas necesarias a él. Con todas las connotaciones económicas que lleva aparejadas, la globalización actual ha supuesto, además, el surgimiento de unas nuevas formas de difusión de la cultura, algo en lo que han tenido gran influencia de las

Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC). Nuestro deber ante esto es preguntarnos y localizar los riesgos que este trascendente fenómeno puede tener ante la más que evidente homogeneización cultural que poco a poco va viéndose en todo el planeta para, después, poder elaborar una respuesta.

Nuestra propuesta parte de la necesidad de conocer, analizar y saber dar respuesta a un fenómeno como el incremento de la diversidad cultural en nuestra sociedad. Partimos para ello de un fenómeno al que, de manera no siempre acertada se ha ligado con ese incremento, como si no hubiera existido siempre ese tipo de diversidad, como lo son las migraciones,

Es decir, todos los Estados-nación europeos presentan diversidades a las que se puede denominar “indígenas” (Gundara, 1997: 201) sobre la base de la religión, la lengua y la clase social. Esas diversidades se reflejan en minorías regionales o nacionales<sup>1</sup>.

Estas a su vez se encuentran ligadas a un fenómeno muy citado últimamente: la *globalización*.

### **1.1. La globalización.**

Es común entre los círculos investigadores de las ciencias sociales y humanas aceptar que, desde hace cuatro décadas, el mundo vive imbuido en un proceso de globalización que ha cambiado y está cambiando la configuración de algunos procesos y de la aproximación que hacemos a ellos. Aun con esto, hay todavía cierto debate a este respecto: ¿es la globalización algo nuevo? ¿Es algo positivo para nuestra sociedad? Existen diversas interpretaciones sobre el fenómeno, desde las teorías que consideran la globalización como algo relativamente nuevo, y que ha incidido en los modos y las

---

<sup>1</sup> Es obvio que la diversidad española no constituye una realidad única. En Bélgica, con una extensión territorial mucho más reducida que la española, coexisten la comunidad flamenca, la francófona y comunidades minoritarias de lengua alemana. En Gran Bretaña, las comunidades de Gales, Escocia e Irlanda se constituyen en regiones culturales muy marcadas frente a Inglaterra. Alemania mantiene una estructura federal que reconoce la diversidad de Estados en sus fronteras. Bretones, alsacianos, vascos y corsos, por hablar sólo de las más evidentes, constituyen comunidades culturales y lingüísticas diferenciadas en Francia. Las comunidades alemanas de Dinamarca o del norte de Italia, las minorías de Surinam y surmoluqueñas en Holanda, más la presencia de pequeños estados como Luxemburgo, Liechtenstein, Andorra, Mónaco o San Marino, por poner algunos ejemplos, nos avisan claramente de que el problema de la integración europea es un tema complejo

formas de vida de las personas a nivel mundial, hasta las que lo consideran un mito sin tanta influencia (Rizvi y Lingard, 2013).

Si bien es cierto que las distintas sociedades y civilizaciones han estado conectadas durante toda la historia de la humanidad (Ramírez Goicoechea, 2011), desde mediados del siglo XX, pero, sobre todo, desde la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desaparición del bloque comunista, se ha ido desarrollando ese proceso de interconexión sin precedentes que cada vez está más fortalecido y contribuye a unir en tupidas redes de comunicación y transmisión de capital, información y factores productivos a los distintos estados del mundo (Flores, 2016).

Aunque hemos de reconocer que el comienzo y la base de este proceso es la economía y sus intereses derivados, la cooperación comercial y financiera han abierto nuevos escenarios a los que hemos de hacer frente indiscutiblemente. De esta forma, y según se ve analizando un poco los fenómenos que han caracterizado nuestra realidad en los últimos años, es de recibo admitir que la eliminación de las barreras económicas ha llevado aparejadas las caídas de otros *muros* que hasta ese momento dividían el mundo. Entre estos, y a ellas haremos referencia algo más abajo, hemos de destacar las propias fronteras nacionales. Hemos de marcar como uno de los elementos estrechamente ligados a esta globalización la reducción de algunas de las restricciones al flujo de personas de unas partes del mundo a otras.

La creación de un sistema productivo a nivel global ha generado una amplia competitividad en el mercado laboral. No es un elemento desconocido hoy que gran parte de ese flujo de personas a lo largo y ancho del globo lleva aparejadas estrechamente motivaciones laborales. Y es que, nos encontramos ante un mundo donde ya no se compite por un puesto de trabajo con tu vecina, sino con cualquier persona en cualquier parte del mundo (Fernández Enguita, 2016). Esto nos lleva a pensar que el fenómeno migratorio puede, hasta cierto punto, retroalimentarse, pues la emigración de unos puede llevar aparejada la necesidad de movilidad de otros, con todos los factores y las consecuencias que puede llevar aparejados.

Pero no hemos de quedarnos solo en eso: el desarrollo de las TIC ha constituido un fenómeno de gran trascendencia, y ha contribuido a crear un nuevo marco de funcionamiento del mundo a escala global con consecuencias en los espacios locales

más cercanos. La principal aportación de estas nuevas tecnologías ha sido la posibilidad de poner en marcha continuos flujos de información a través del mundo de forma instantánea, lo que ha contribuido a avanzar hacia una nueva *sociedad del conocimiento*, cuya principal característica es, precisamente, el acceso fácil, inmediato y abierto a la información y, por tanto, al conocimiento (Balart y Cortés, 2018).

Unida a lo anterior, viene otra consecuencia directamente relacionada con el desarrollo de las TIC: el acceso al conocimiento desde cualquier parte del mundo. Y es que, asumiendo que algunos espacios pueden quedar excluidos de este proceso por la brecha digital global, nos encontramos ante un escenario hasta ahora nunca visto, pues todo el mundo está quedando interconectado a través, principalmente, de Internet (Ramos y Arévalo, 2018). En definitiva, se está creando el contexto para que podamos acceder a todo tipo de informaciones en cualquier momento, desde cualquier lugar y sobre el tema que nos apetezca. Y esto está estrechamente ligado a las nuevas formas de difusión cultural, las cuales están caracterizadas por la facilidad para la inserción en sociedades muy alejadas de elementos culturales hasta ahora muy distantes, desconocidos y, por tanto, activamente ignorados (Buxarris Estrada, 2018).

Este, que es un fenómeno enriquecedor sin duda, lleva aparejados unos riesgos claros, pues cabría pensar en el marco de esa tendencia globalizadora cuáles son las consecuencias del éxito de algunas producciones culturales sobre otras que no pueden tener tanta difusión.

Todos los recientes cambios relacionados con la identidad y la diversidad cultural no se pueden explicar exclusivamente desde la perspectiva de las relaciones sociales como se había hecho hasta ahora. Nuestra sociedad es consciente de que en su interior se están produciendo unas transformaciones que van más allá de la estricta dimensión socio-económica y que tienen que ver con los movimientos identitarios en los que “intervienen procesos de globalización, etnonacionalismos y en los que se cruzan la pertenencia étnica, la pertenencia de clase y la de género” (Buendía et alii: 2004: 136)

¿Hemos de ver este último aspecto con optimismo o hemos de ser cautos ante él? La respuesta es compleja. Sin embargo, anotaremos ahora únicamente la necesidad de hacer un buen análisis antes de hacer las valoraciones que suelen hacerse, por lo general, superficialmente sobre este proceso.

## **Las migraciones.**

En este contexto epistemológico, pero también histórico, podemos denominar a la contemporaneidad como la “época de las migraciones o de los desplazamientos” pero, como dice Sayad (2011) el fenómeno migratorio está dando lugar a una “figura social mutilada”, que hasta ahora solo se ha percibido como problema, amenaza o utilidad para las sociedades receptoras

Si bien es cierto que las migraciones son un fenómeno continuo a lo largo de la historia de la humanidad, en la actualidad surgen nuevas variantes en estas que les hacen adquirir las características propias de la etapa histórica que estamos atravesando en este momento. Es por esto que, antes de nada, hemos de señalar que las migraciones no son una consecuencia de la globalización como tal (Artiga-González y Bran-Molina, 2006), aunque se han transformado profundamente en su estrecha relación con ella. Con lo anterior, y teniendo en cuenta que el siglo XXI es el siglo de la globalización, podemos afirmar que en él las migraciones están teniendo una importancia capital que no irá, a vista de las estimaciones, sino en aumento (Reques Velasco, 2007; de Carlos Izquierdo, 2018).

Con lo anterior, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que las migraciones han sido una constante en la historia y que, como tal, han contribuido a la transformación de las sociedades. En nuestro ámbito de estudio, hemos de señalar la importancia tanto cuantitativa como cualitativa que las migraciones adquirieron durante la segunda mitad del siglo XX, en concreto, sus últimos veinticinco años, momento desde el que se incrementaron ampliamente los flujos migratorios internacionales al amparo del proceso de globalización que estaba empezando a tomar impulso (Estrena Durán, 2011).

La principal característica que desde la segunda mitad del siglo XX tomó el hecho migratorio fue su regulación por parte de los distintos estados (Belmonte García y Gutiérrez Izquierdo, 2014). La situación de crecimiento industrial y económico produjo una necesidad de una mano de obra suficiente para cubrir todos los puestos de empleo generados y que, en muchos casos, no eran del gusto de los trabajadores locales o, simplemente, no podían ser absorbidos por estos en su totalidad. Se fue generando así una inmigración importante en los países industrializados más desarrollados que, en muchos casos, era de carácter temporal, esto es, que no llevaba aparejado un establecimiento muy duradero de los inmigrantes en los lugares en los que conseguían

un puesto de trabajo (Piore, 2014).

Si atendemos en este caso los flujos migratorios que fueron surgiendo desde entonces y que todavía hoy se mantienen, hemos de decir que no estaban claramente establecidos unos patrones comunes, aunque sobre ellos podrían observarse preferencias en algunos aspectos importantes como podrían ser la preferencia en la migración desde los países del Sur hacia el Norte (Estrena Durán, 2011), las búsqueda de lazos lingüísticos con los países de acogida o, más genéricamente, lazos de afinidad cultural (Salazar, 2008).

En esta situación, otra de las transformaciones de la migración en relación con la globalización durante la segunda mitad del siglo pasado fue el cambio de tendencia según qué regiones del mundo. El caso más llamativo fue el de Europa occidental, que pasó de ser una región tradicionalmente emisora a ser uno de los destinos predilectos de los inmigrantes junto con América del Norte (Piqueras Haba, 2011). Cuando los países industrializados eran protagonistas de crecientes procesos de diversificación (desde el final de la II Guerra Mundial hasta la crisis del petróleo de 1973), los españoles emigraban hacia esos países. Hay que señalar que los procesos migratorios internos ya generaron la creación de “categorías étnicas” para designar a quienes emigraban desde las regiones más pobres a las regiones ricas e industrializadas especialmente el País Vasco, Madrid y Cataluña (Martínez Arias, 2013, p. 8).

Desde la segunda mitad de la década de 1980, España y los otros países tradicionalmente emigrantes de Europa del Sur, comenzaron a experimentar la llegada de inmigrantes. Si hasta esta década, España era un país de emigración y, también, de paso para los inmigrantes hacia otros países europeos, con el final del régimen franquista, la entrada en la Comunidad Europea y el crecimiento económico, España comenzó a recibir unos flujos migratorios inéditos en la historia del país.

A pesar de que ya en la década de los noventa la inmigración comenzaba a tener visibilidad, no fue hasta el inicio del nuevo milenio que se convirtió en una cuestión importante para la sociedad española y fue el cambio en el tipo migración más que el número lo que preocupó a los políticos que acabaron delegando en los pedagogos (Peñalva Vélez y Sotés Elizalde, 2009, p. 395).

Los incidentes racistas de El Ejido contra ciudadanos de origen marroquí en febrero del año 2000, marcaron el inicio de un intenso debate social y político sobre la inmigración y la integración. Zapata-Barrero (2003) señala que fue esta la primera ocasión en que un partido político español (el Partido Popular) utilizó la cuestión de la inmigración en una campaña electoral, lo que de hecho condujo a aprobar una ley de inmigración más restrictiva.

El perfil de las migraciones hoy en día es altamente variable y no podría ser encuadrada en su totalidad dentro de unos fenómenos causales u otros. De esta forma, las migraciones hoy se presentan como algo poco uniforme, pudiendo ser los migrantes desde refugiados que huyen de guerras o conflictos en sus países de origen, a trabajadores en busca de empleo, pasando por estudiantes que viajan bajo motivaciones estrictamente académicas o jubilados que se mudan a lugares placenteros donde ganar calidad de vida (Fernández y Goenechea, 2009; Piqueras Haba, 2011).

A pesar de lo anterior, hemos de destacar la prevalencia sobre el resto de las categorías migratorias de aquellas relacionadas directa o indirectamente con el mercado de trabajo. Si tenemos en cuenta que se ha dado una especialización económica regional en el planeta, y que la economía se ha globalizado, no es de extrañar que la globalización favorezca migraciones de unos lugares a otros (Salazar, 2008), siendo la expectativa de lograr un puesto de trabajo la principal motivación que fomenta la decisión de abandonar el lugar de origen.

En esto también tiene gran influencia la volatilidad del mercado de trabajo. Muchos emigrantes recorren el mundo en busca de esas oportunidades laborales; tan es así que ha surgido entre los estudiosos el concepto de *transnacionalismo* para referirse a esa nueva categoría de emigrantes cuyo destino no es fijo, sino que se encuentran en un movimiento casi continuo entre unos países y otros.

En definitiva, los movimientos migratorios internacionales surgidos en los últimos tiempos se caracterizan porque afectan a más de la mitad de los estados existentes en el mundo, siendo cada vez menos las zonas de éste que quedan al margen de las corrientes migratorias.

Pero además, los colectivos de personas que migran no cesan de crecer en los últimos veinte años y por otra parte no responden a un modelo o patrón único: hay refugiados

de guerra, refugiados económicos, mano de obra barata, trabajadores altamente cualificados, estudiantes,... y coexisten personas asentadas y con estabilidad jurídica con personas sin este tipo de seguridad. De los 209 Estados existentes 43 países reciben inmigrantes, 32 sólo envían y 23 reciben y envían (Santos Velasco, 2004: 12).

Si ponemos el foco sobre España, hemos de decir que el nuestro es uno de los países en los que mayor se ha hecho el recibimiento de población inmigrante. Así, desde la década de 1990, España se ha convertido en uno de los más importantes estados en lo que a recepción de inmigrantes se refiere (Reques Velasco, 2007)

En los escenarios modernos de la era de la globalización, que multiplican las interacciones con “otros” diferentes a “nosotros”, un fenómeno como las “nuevas migraciones” como parte de ese escenario son un terreno fértil para cuestionarse sobre diversidad humana, alteridad, y diferencia y, en general, las representaciones y estereotipos de los que somos portadores.

Este aumento del número de habitantes extranjeros en algunos países puede generar ciertos desequilibrios o tensiones, lo cual de hecho sucede en muchos estados vecinos, incluso en el nuestro propio. Es por esto por lo que creemos necesario dedicar el siguiente apartado a comentar más detalladamente los efectos que la inmigración puede generar sobre las sociedades de acogida.

### **Algunos efectos de la globalización y las migraciones sobre las sociedades actuales.**

La mundialización<sup>2</sup> de las migraciones internacionales puede verse como el correlato de la globalización en el terreno de la movilidad humana (Arango, 2003: 9) pero constituye una faceta de la globalización distinta de las restantes, que este autor califica de

---

<sup>2</sup> Estamos de acuerdo con este autor, cuando prefiere este término al más utilizado de globalización: no tanto porque éste sea un anglicismo, ni porque aquél connote más vívidamente lo que ambos designan, sino para evitar la presunción de una relación de causalidad que es al menos discutible. En efecto, en muchos sectores (producción, comercio, finanzas, comunicaciones) el mundo es cada vez más uno, lo que conlleva la supresión de obstáculos y la liberalización de flujos y de intercambios. Eso no ha ocurrido en lo que atañe a la libertad de circulación de las personas, algunas de cuyas modalidades están severamente restringidas, en especial las migraciones laborales y las que conducen al establecimiento indefinido, precisamente las que eran preeminentes en el período anterior. En nuestros días, la libertad de circulación es la excepción; la regulación y la restricción, la norma.

“fronterizada”. Es decir, es una mundialización erizada de fronteras y de barreras, una mundialización que se ha producido a pesar de éstas y no gracias a su eliminación; y con los costes y las implicaciones derivados de la superación de tales obstáculos. (ibidem: 10).

La globalización está introduciendo una serie de patrones a seguir, una serie de guías de comportamiento y consumo que están provocando la pérdida de algunos de los valores culturales propios de muchas culturas a lo largo del globo. ¿Qué encontramos tras esto? El éxito de las formas de ocio, información, entretenimiento... en definitiva, la prevalencia de los rasgos culturales estadounidenses (Ramírez Goicoechea, 2011) sobre los de gran parte del resto del mundo.

El riesgo en esto es claro: la progresiva desaparición de las formas de expresión culturales locales en favor de otras que nos son ajenas (Bauman, 2007) y que llegan a nosotros a través de todos esos canales preestablecidos que han hecho posible la globalización. No queremos adelantarnos al siguiente capítulo, pero ante este hecho, el cual está favoreciendo la impregnación en manifestaciones culturales ajenas a través de la pérdida de los valores culturales propios, creemos que la sociedad debería. En este sentido, hemos de ser conscientes de los riesgos para las culturas minoritarias incapaces de incorporarse al mundo digital o aquellas regiones del mundo menos desarrolladas, cuya falta de acceso a este proceso por la falta de recursos puede determinar una extensión de la brecha entre los países desarrollados y aquellos en vías de desarrollo, generando una situación de mayor exclusión de la que viven actualmente (Ovide, 2008).

Sin embargo, no solamente hemos de ver en el campo de la cultura los cambios introducidos por la globalización. Hemos de tener en cuenta que el fenómeno globalizador ha entrado de lleno en unas sociedades que hasta ahora se encontraban muy apegadas a lo local. El choque ahí es, también, evidente. Surge en esa situación una nueva respuesta. La población es cada día más consciente de que su ámbito de acción no es únicamente ya su círculo más cercano, sino que participa ya en un contexto más amplio, un ámbito global. Es por esto que se tiene ya una consciencia de que las acciones y los procesos globales tienen incidencia sobre lo local y que, a la inversa, las acciones locales pueden trascender y tener un impacto global. Esa lógica que va impregnando el pensamiento individual hace que las comunidades cada vez estén más

*glocalizadas*, es decir, que sean conscientes de esa bicefalia contextual. Sería un proceso, como describe Ramírez Goicoechea (2011) de “*universalización del particularismo y particularización del universalismo*” (p. 563). Como ejemplo de esto, la misma autora menciona el caso de los refrescos, uno de los símbolos de la globalización, cuyas fórmulas en muchos casos tienen que ser modificadas dependiendo el país en el que se comercialicen.

Por otra parte, hemos de hacer un balance de los efectos que las migraciones ofrecen sobre las comunidades y las sociedades involucradas. Generalmente, suelen hacerse valoraciones sobre las consecuencias de la inmigración, aunque en este caso nos gustaría empezar por los efectos sobre las sociedades de origen, los efectos que provoca la emigración en las sociedades.

Por lo general, la emigración suele ser una válvula de escape ante las dificultades socioeconómicas que se dan en algunas partes del mundo. De esta forma, la emigración suele aliviar la presión demográfica en algunos países a costa de perder gran potencial (Fernández y Goenechea, 2009). Por una parte, los países emisores pierden una mano de obra importante, más aún si tenemos en cuenta que la edad de emigración suele ser bastante baja; por otra parte, es común que muchos países pierdan un capital humano remarcable, al poder ser estos emigrantes personas altamente cualificadas.

Por lo tanto, no hemos de ver la inmigración como algo perjudicial a pesar de que algunos sectores se empeñen en ello. Si atendemos a la tendencia demográfica de los países desarrollados, se observa claramente cómo para éstos será muy complicado mantener su estado del bienestar y sus servicios sociales básicos sin un flujo migratorio externo. Las tasas de mortalidad están superando a las de natalidad, y con ello el crecimiento de la población es imposible. De cara al presente, y sobre todo al futuro, hemos de pensar en una población tendente al envejecimiento sin un relevo claro que le sustituya en el mercado laboral y, por tanto, contribuya al mantenimiento del estado del bienestar. Frente a esto, hemos de observar la inmigración como un elemento positivo en lo que se refiere a la inversión de la tendencia demográfica actual y la sostenibilidad de los servicios públicos (Reques Velasco, 2007).

## **“DIVERSOS” SENTIDOS DE LA DIVERSIDAD CULTURAL**

Podemos afirmar que lo que se denomina diversidad cultural se ha de entender en un doble sentido (Santos Velasco, 2004: 3):

En primer lugar, las culturas no son homogéneas desde un punto de vista interno: cada una está constituida por diferentes segmentos y grupos sociales con identidades y características específicas, las cuales se articulan por medio de un proceso de ajuste, adaptación y negociación, a esto se le llama diversidad intracultural.

En segundo lugar, las culturas tienden a considerarse homogéneas y a difuminar toda la diversidad interior cuando se les compara o contrasta con otras diferentes, a esto se le llama diversidad intercultural.

Esta dicotomía nos refuerza en la idea de que el concepto de diversidad cultural es una tautología, ya que aquello que define la cultura, en singular y en plural, es justamente la diversidad (Beltrán, 2002)

Para Esteve (2000: 4) observamos en el panorama político de Europa dos movimientos simultáneos que favorecen la diversidad:

1. El fortalecimiento de la identidad de los grupos minoritarios autóctonos, tanto en el aspecto cultural y lingüístico, como en el acceso a un mayor poder político mediante fórmulas de autogobierno, tal como es el caso en España, con la organización del Estado en Comunidades Autónomas.

2. El aumento de la diversificación de la población, por efecto de la inmigración y de la mayor movilidad de la población, borrando la antigua uniformidad producida por la política del “crisol”, tanto en los Estados en su conjunto, como en las mismas Comunidades Autónomas minoritarias. Los países de la Comunidad Europea, conforme van consolidando su desarrollo económico, se convierten en objetivos de la emigración de ciudadanos procedentes de áreas geográficas menos desarrolladas, tanto del interior del propio Estado, como, notablemente, de los países del tercer mundo

### **DIVERSIDAD CULTURAL Y PERDIDA DE IDENTIDAD “NACIONAL”**

Existe un amplio acuerdo basado en el sentido común sobre que las sociedades europeas se han hecho multiculturales, especialmente desde el fin de la Segunda Guerra

Mundial, lo que ha causado una diversidad social que ha llevado a una pérdida de identidad nacional.

Esta pérdida de identidad sería detectable al menos en cuatro factores "taxonómicos" como serían: lengua, religión, clase social y territorio.. (Gundara 2003: 28). Sin embargo si se usa esta taxonomía para examinar las sociedades españolas observamos que esa diversidad tiene una larga historia<sup>3</sup>.

Con respecto a la identidad s podríamos decir que es "aquello que nos permite diferenciarnos de cualquier otro" (Santos Guerra, 2004: 94). Está claro que nuestro carnet de identidad dice pocas cosas relevantes al respecto. No hay dos seres humanos idénticos. Incluso, aunque se lograra clonar a seres humanos la historia y la cultura les haría diferentes en el mismo momento de nacer. Cada persona está definida por un conjunto múltiple de rasgos o componentes (Maalouf los llama "genes del alma") que configuran la identidad:

- a. Los componentes de la identidad son, básicamente, adquiridos
- b. Los componentes de la identidad son múltiples
- c. Los componentes de la identidad son diversos
- d. Los componentes de la identidad son cambiantes
- e. Los componentes de la identidad tiene diferente combinación La configuración

---

<sup>3</sup> Desde el punto de vista lingüístico el uso de lenguas prerromanas (euskera) y diversas variantes regionales del castellano, así como diversos dialectos, hacen a nuestra sociedad históricamente multilingüe. Igualmente podemos aportar datos desde el punto de vista religioso (pese a los intentos que desde los RR.CC. hasta el franquismo intentaron una absoluta uniformidad religiosa), social (con las distinciones históricas entre clases sociales, así como entre zonas rurales y urbanas), territorial (las diversas relaciones entre los reinos y demás entes territoriales que han constituido el Estado Español hasta llegar al actual modelo con 17 comunidades autónomas). En definitiva todas estas dicotomías forman parte del pasado multicultural del Estado español y nos desvelan la existencia histórica de una importante gama de diversidades. De todas formas estos pasados históricos multiculturales a veces pueden ser más creadores de divisiones que los que surgen de los actuales movimientos de población. Es destacable en este sentido la presencia de un 10% de "negros" en Sevilla en 1610, que llegaron a formar la primera cofradía de Semana Santa ( Isidoro Moreno)

de la identidad se debe al cruce de todos esos rasgos.

La "identidad no es una yuxtaposición de pertenencias autónomas, no es un mosaico: es un dibujo sobre la piel tirante; basta tocar una sola de esas pertenencias para que vibre la persona entera", dice Maalouf en la obra citada.

Cada individuo es:

ÚNICO

IRREPETIBLE

IRREEMPLAZABLE

COMPLEJO

DINÁMICO

Como afirma Juliano (2001: 2-3) El marco cultural de referencia puede mantenerse a pesar de que las personas circulen fluidamente a través de las fronteras étnicas, como propone Barths desde la década de los setenta. Una cultura no es una jaula. Es un conjunto de códigos a partir de los cuales damos sentido a nuestras experiencias, es por naturaleza mutable, no sólo en sus contenidos sino en sus reglas de funcionamiento. Las personas optan a partir de esas bases, por reafirmar o difuminar sus límites de pertenencia.

La "misión de Occidente" actual no consiste en conseguir que los gitanos sigan siendo gitanos y los indios, indios (mientras que antes consistió en aculturarlos compulsivamente) y mucho menos en garantizar que las adscripciones identitarias se perpetúen en las generaciones siguientes. Lo razonable es respetar las diferentes concreciones culturales (a fin que nadie pueda sentirse avergonzado de su origen) y permitir al mismo tiempo que cada persona opte por el sistema de interpretación de la realidad con el que se sienta más afín, suprimiendo las barreras defensivas entre culturas, que no resultan más que obstáculos para su libre desenvolvimiento. Es importante no olvidar que la esas concreciones (ya sean la occidental o la maya)l, son un acto primero, cotidiano, un modo específico del ser y del existir para unos y otros (Williams,1989)29.

Este acto primero y cotidiano ha sido durante mucho tiempo privado y vivido en aislamiento silencioso por muchos habitantes del planeta, lo que ha ido dando lugar o puede hacerlo a un conducta de autodefensa étnica, que significó retener de forma

clandestina muchos elementos de identidad cultural propia, desarrollados desde lo que podemos llamar etnicidad inconsciente. ((Viton de Antonio, 1997: 172)

Por tanto concebimos la identidad no como dato objetivo sino como una forma de “construcción social” que la aleja de una aproximación “substancialista” o esencialista pero tampoco la acerca a una total subjetividad

El detonante de este idea puede seguir siendo la respuesta a una frase de Edmund Leach (1967: 19)

“De una forma muy fundamental todos nosotros distinguimos a los que son de nuestra clase de los que no lo son cuando nos hacemos la pregunta: ¿nos casaríamos con ellos?”